



# CAPRICORNIO UNO

RON GOULART

El lanzamiento de "Capricornio Uno", la primera nave espacial enviada a Marte, parecía perfectamente normal. Todo el país estaba pendiente de la televisión a la espera de que la nave iniciara el vuelo. Entre bastidores, sin embargo, dos horas y media antes de que tuviera lugar el despegue, empezó a desarrollarse un drama extraño y aterrador. Un alto dirigente de la NASA advirtió a los tres astronautas de que su vehículo espacial era defectuoso. Les comunicó que tendrían que simular el viaje mediante el poder mágico de las computadoras. De este modo, podrían convencer al Presidente de que la misión había constituido un éxito, pues el fracaso hubiera significado el término del programa espacial.

Nada podía detener el delirante proyecto. Ni la verdad. Ni la realidad. Y menos aun los astronautas, convertidos en involuntarios conspiradores. Para ellos se había dispuesto un destino especial...

Un emocionante e inolvidable relato de suspense.

Una superproducción cinematográfica Warner Bros, dirigida por Peter Hyams y protagonizada por Elliott Gould, Brenda Vaccaro, Karen Black y Telly Savalas.

# CAPRICORNIO UNO

# 1

El sol, un globo de intenso color anaranjado, empezó a elevarse sobre el Atlántico. Una ligera brisa acariciaba las azules aguas.

—Buenos días, señoras y señores. Les habla Paul Cunningham, del Control Capricornio. Son las seis y tres minutos, hora del Este. El lanzamiento tendrá lugar dentro de tres horas, 31 minutos, 25 segundos.

Algo había aparecido en la distancia. Una diminuta aguja blanca en el horizonte matinal.

—En estos momentos, todos los sistemas se encuentran a punto y las luces están verdes. Con una antelación de 8 horas, 5 minutos, se despejó el Complejo de Lanzamiento 39 y empezamos a cargar el líquido propulsor en el vehículo de lanzamiento. La carga finalizó con una antelación de 3 horas, 38 minutos.

La voz resonó débilmente en la oscura habitación del motel. Una muchacha pelirroja medio desnuda se encontraba sentada en el borde de la espaciosa y revuelta cama, inclinada ligeramente hacia adelante, viendo la televisión.

La aguja blanca fue aumentando de tamaño en la pantalla en color. Aumentó de tamaño hasta convertirse en un impresionante cohete Saturno MBV, con una altura análoga a la de un edificio de treinta y cinco pisos y un peso de más de tres millones de kilos, resplandeciente de blancura en el nuevo día.

—La tripulación fue despertada con 4 horas, 30 minutos de antelación, sin que expresara la menor queja. 25 minutos más tarde, fue conducida al complejo médico. Los hom-

bres fueron examinados por el doctor Burroughs, quien los declaró aptos. El examen duró veinte minutos.

La muchacha cruzó y descruzó sus largas piernas.

El delgado y despeinado sujeto que se encontraba todavía durmiendo entre las revueltas sábanas se revolvió, se tendió boca arriba y empezó a emitir unos gemidos nasales.

—Cállate —le dijo la muchacha, sin apartar los ojos de la pantalla—. Este es un momento histórico. No quiero perderme nada.

\* \* \*

Había cuatro hombres en el recinto prefabricado. Tres de ellos, enfundados en unos trajes térmicos, se hallaban sentados alrededor de una mesa plegable, desayunando con distintos grados de interés y entusiasmo. El cuarto hombre, que vestía un arrugado traje azul, se encontraba apoyado contra la pared metálica, frotándose la redonda barbilla con el pulgar.

—El tiempo es bueno —dijo el rechoncho Burroughs—. Nubes dispersas hasta el mediodía y nada más.

—Ya nos lo ha dicho usted —replicó el coronel de la Fuerza Aérea Charles Brubaker—. Dos veces.

—Oh, perdón —dijo el médico de la NASA.

El teniente de navío John Walker tamborileó con sus negros dedos sobre una tostada a medio comer.

—Esta tostada sabe lo mismo que esta cosa sobre la que se fijan los memorándums —dijo—. La tabla de corcho.

—Es una sobra de la misión anterior —comentó el teniente coronel Peter Willis—. La NASA la ha reciclado para ahorrar dinero.

—Ya verán ustedes —dijo Burroughs—, dentro de unos días, echarán de menos este tipo de comida.

—La comida de la tierra en que vivimos —dijo Walker, decidiendo comerse un par de bocados más de la tostada—. Corcho.

—A mí me ha sabido bien cuando he desayunado —dijo el doctor Burroughs, introduciendo las regordetas manos en los arrugados bolsillos de sus pantalones.

—Espero que nadie llegue a enterarse jamás —dijo Brubaker, un alto y más bien corpulento individuo de cuarenta y tantos años—. Esta es la mañana del primer viaje del hombre a otro planeta y de lo único que hablamos es de tostadas.

—Yo espero —terció Walker— que nunca se enteren de que en la mañana del primer viaje del hombre a otro planeta nos dieron una comida tan pésima.

—Pues a mí la tostada me ha sabido muy bien —repitió Burroughs—. Y eso que, en general, no me gusta el pan de harina integral.

Willis, más delgado y varios años más joven que los demás, se apartó de la mesa y se golpeó ambas rodillas.

—¿De qué te gustaría hablar en un momento tan trascendental, Bru?

—No lo sé —repuso Brubaker, encogiéndose de hombros.

—¿Qué os parece del tiempo? —sugirió Walker—. Tengo entendido que es bueno, con nubes dispersas hasta el mediodía.

—¿De veras? ¿Lo dices en serio? —preguntó Willis, arqueando las cejas—. ¿Dónde te has enterado, Jack?

—En ninguna parte, pero tengo esta molestia en la rodilla y puedo predecir con exactitud...

—Disponen ustedes de quince minutos —dijo Burroughs.

—Hay algo de que quisiera hablar —dijo Willis—. Quiero saber si podemos confraternizar con las chicas marcianas o... sí... yo... yo...

El teniente coronel se puso tenso repentinamente y después empezó a oscilar en la silla. Consiguió comprimirse el pecho con una mano antes de caerse de la silla sobre el pavimento metálico.

—Dios mío, ¿qué ocurre? —exclamó Burroughs, sacando las manos de los bolsillos y cruzando rápidamente la estancia para arrodillarse junto al astronauta caído. Se inclinó hacia Willis—. No acierto a comprender qué ha podido ocurrir.

—Creo —dijo Willis, incorporándose— que debe haber sido la tostada.

Con la cara muy seria, Willis se levantó.

El médico se estremeció como un perro mojado y les miró enfurecido.

—Son ustedes un hatajo de estúpidos, muchachos.

—Me gustaría escuchar otra opinión —dijo Willis.

\* \* \*

Unos asientos metálicos habían sido colocados a una prudencial distancia de la zona de lanzamiento. A medida que avanzaba la mañana, la gente empezó a ocupar el limitado número de plazas. Se trataba de personas relativamente importantes y muy importantes. Una valla metálica protegía la tribuna y patrullaban la zona guardias de la policía militar. Podían verse también varios agentes del servicio secreto con el cabello muy corto y la cara muy seria.

El diputado Hollis Peaker, el fornido presidente del Comité de Asignaciones de la Cámara, se detuvo detrás del acomodador que les estaba acompañando, a él y a su mujer, a sus asientos. Una sonrisa de complacencia se dibujó en el ancho y mofletudo rostro de Peaker al posar éste los ojos en el reluciente cohete blanco Capricornio Uno.

—Hemos reservado tres de los mejores asientos para usted y la señora Peaker y para el general Enders —dijo el

joven acomodador de la NASA.

—Vaya, se lo agradezco mucho, hijo.

—En realidad —añadió el acomodador—, se sentará usted justo al lado del vicepresidente.

—¿Ya ha llegado?

—Aún no, señor, pero está al llegar.

—El muy estúpido piensa probablemente que aplazarán el lanzamiento por él —dijo Peaker, tomando asiento—. Alguien debiera decirle que no es la inauguración de un puente.

La esbelta esposa del congresista se acomodó al lado de éste y el ceñudo y canoso general Enders ocupó el otro asiento.

Con sonrisa de experto, el joven acomodador le entregó un pequeño estuche de cuero a Peaker y otro al general.

—La agencia desea ofrecerles estos gemelos conmemorativos —dijo— para que puedan observar mejor el lanzamiento y también como recuerdo.

—Vaya, muchas gracias, hijo —Peaker examinó el estuche, sosteniéndolo con sus grandes manos—. Mira, Emily. Llevan la fecha y el sello del Capricornio.

—Sí, son muy bonitos.

—Me alegro de que te gusten.

El muchacho hizo ademán de alejarse. Peaker le asió del brazo.

—Necesitaremos otros, hijo. Para mi mujer.

—¿Cómo dice, señor?

—Que necesitaremos otro par de estos bonitos gemelos, hijo —repitió Peaker, bajando la voz—. Para mi esposa.

—Tenga, Emily —dijo el general—, puede quedarse con los míos. A mí no me hacen falta.

—Verá usted, señor congresista —explicó el acomodador con el rostro un poco arrebolado—, es que no hay muchos pares de...



—Me parece que no le he comprendido muy bien, hijo —dijo Peaker, dirigiéndole al muchacho una sonrisa—. ¿Quiere repetírmelo, por favor?

—No hay problema, señor. Voy inmediatamente por otro par.

—Muy amable de su parte —dijo Peaker, asintiendo con la cabeza.

\* \* \*

El gigantesco y borroso globo rojizo llenó la pantalla.

—Buenos días a todos, les habla Roy Weaver, Centro de Información Espacial de la CBS, Cabo Kennedy. En estos momentos, el coronel Charles Brubaker, el teniente coronel Peter Willis y el teniente de navío John Walker se encuentran subiendo el ascensor del Complejo de Lanzamiento 39.

La diapositiva de Marte abandonó la pantalla del televisor y fue sustituida por imágenes en directo de los tres astronautas, haciendo exactamente lo que Roy Weaver había dicho que estaban haciendo.

—Muy pronto penetrarán en el gigantesco cohete Saturno MBV —prosiguió diciendo el comentarista—. Los miembros de la tripulación llevan casi dos horas levantados. Han desayunado, han sido examinados y se les ha declarado aptos. Ahora se disponen a iniciar un viaje de cuatro meses de duración que les conducirá al lugar más lejano al que jamás se haya trasladado el hombre. El planeta Marte. Y llevan consigo el futuro del programa espacial tripulado. El vuelo, como ustedes saben, se inicia en unos momentos de gran presión por parte del Congreso que no quiere seguir destinando fondos a un proyecto que tal vez al pueblo ya no le interese. Se opina, en general, que en el caso de que este vuelo no alcanzara un éxito absoluto, ya no habría más apoyo al programa espacial. Estamos a algo más de

dos horas del despegue. El Control de la Misión informa que todo se está desarrollando sin contratiempos. El reportaje de la CBS en directo y en color se reanudará dentro de unos instantes, tras la pausa comercial.

Emitiendo un gruñido de asombro, Robert Caulfield se incorporó en la revuelta cama. Restregándose los ojos, miró a su alrededor.

—Di algo —le dijo a la muchacha pelirroja.

—¿Cómo?

—Di algo, pronuncia algunas frases.

—¿Sobre qué?

—Sobre cualquier cosa.

—Bueno, este es un día histórico para la humanidad —empezó a decir la chica con cierta vacilación, mientras sus ojos oscilaban entre la brillante pantalla del televisor y el joven que se estaba despertando en la cama—. Después de muchos siglos de observación y espera, el hombre está a punto de iniciar un vuelo a Marte. Muy pronto los terrestres pondrán el pie...

—Nueva Jersey —dijo Caulfield, llegando a esta conclusión—. Estoy en Nueva Jersey —se levantó de la cama—. Lo adivino por tu acento.

—Bueno, yo soy de Jersey —reconoció la chica—. Quiero decir que procedo de allí. Pero ahora estamos en Houston, Texas.

—¿Texas? —exclamó Caulfield, golpeándose la frente con gesto burlón—. ¿Qué estoy haciendo en Texas?

—¿Acaso no eres un célebre reportero? Es lo que anoche me dijiste en el Longhorn Rendez-vous.

—Exactamente, soy un célebre reportero —dijo Caulfield, subiéndose los calzoncillos—. Gracias por recordármelo. —Volvió a estudiar la habitación—. Y esto es Houston, Texas, y yo estoy aquí para informar de este importante acontecimiento —se pasó la lengua por los dientes—. Lo malo es que todos los Holiday Inns son idénticos. Te des-

piertas en uno de Houston y es exactamente igual que el de Newark o El Cairo.

—¿Has estado en Egipto?

—Creo que sí —dijo él. Se restregó de nuevo los ojos, bostezó y se alisó el abundante y enmarañado cabello oscuro con los dedos—. ¿Qué estuve bebiendo anoche exactamente?

—7-Up y vodka.

—¡Puá! —exclamó Caulfield, haciendo una mueca—. Ninguna persona en su sano juicio bebería semejante cosa.

—Traté de convencerte anoche de que no lo hicieras —dijo la pelirroja—. Pero tú comentaste que si era bueno para los griegos, tenía que ser bueno para ti.

—¿Qué griegos?

—Los camioneros griegos con quienes estuve practicando la lucha india.

—Mmm —Caulfield levantó e inclinó la cabeza varias veces. Después se dirigió al cuarto de baño, arrastrando los pies—. Los cuartos de baño están siempre exactamente en el mismo sitio. Un rasgo consolador en una tierra extraña y hostil.

—¿Cómo?

—Voy a darme una ducha —anunció él— y después...

—¿Y después? —repitió ella, apartando los ojos del televisor y mirando a Caulfield.

—Me temo que tendré que irme a trabajar —dijo él.

## 2

Los tres astronautas, seguidos de un doctor Burroughs ligeramente jadeante, salieron del ascensor y entraron en la sala de preparación. Al otro lado de la pequeña estancia, la escotilla de la cápsula aparecía abierta. En la sala de preparación ya se encontraban aguardando tres hombres: el jefe de la División de Lanzamiento de Cohetes Horace Gruning, enfundado en un traje blanco, y dos de sus ayudantes.

—Buenos días, señores —dijo Gruning, un hombre achaparrado de cincuenta y tantos años.

—Buenos días, Horace —dijo Brubaker.

—¿Llegamos con retraso? —preguntó Willis, mirando a su alrededor.

—Había un tráfico espantoso —añadió Walker.

—Veo que están todos de muy buen humor —dijo Gruning, esbozando una leve sonrisa.

Apretaba contra su pecho un aplanado paquete marrón.

—Sí, en efecto —dijo el doctor Burroughs—. Yo puedo dar fe de ello.

—Si se exceptúa un ataque provocado por las tostadas, estamos todos perfectamente —le aseguró Willis.

—¿Ya han efectuado las pruebas de EDS? —preguntó Brubaker.

—Ya están casi listas —repuso Gruning.

—¿Quiere que entremos?

Los dedos de Gruning juguetearon con el papel del paquete.

—Sí, dentro de un momento.

—¿Alguna cosa?

—A mí esto no se me da muy bien —dijo Gruning, bajando los ojos mientras sus dedos rasgaban el papel marrón.

—Inténtelo —le animó Willis.

—Les conozco a ustedes... bueno, especialmente a usted, coronel Brubaker... el caso es que hace tiempo que les conozco —dijo Gruning con el rostro arrebolado—. Lo que están a punto de hacer hoy... me he pasado toda la vida... —desenvolvió el libro que sostenía en sus manos—. Bueno, sólo quiero que sepan que todo aquello por lo que he estado trabajando... alcanza hoy su pleno significado. Hoy me siento muy orgulloso, orgulloso del programa... orgulloso de la modesta contribución que me ha sido dado aportar. Y me siento orgulloso de ustedes, muchachos —hizo ademán de entregar la Biblia encuadernada en cuero, se detuvo para secarse una lágrima del rabillo del ojo y después le entregó a Brubaker el libro—. En cualquier caso, me gustaría mucho que llevaran consigo esta Biblia... que yo les ofrezco... un regalo de todos nosotros.

Al cabo de unos segundos de silencio, Willis dijo:

—Vaya, Horace, no sé qué decir.

—Procure no decir nada por una vez —le sugirió Burroughs.

—Muchas gracias, Horace —dijo Brubaker, dando unas palmadas sobre la Biblia—. Nos sentiremos muy honrados de llevarla.

—Bien, señores —dijo Gruning, carraspeando—, vámonos a Marte.

—¿A Marte? —preguntó Walker, parpadeando—. ¿Bromea usted? Yo creía que íbamos a Disneylandia.

—Quieren hacer el favor de callarse —les dijo Burroughs, empujándoles hacia la escotilla—. Andando.

\* \* \*

Se escuchó la música de una banda, aparecieron más hombres del servicio secreto y, a continuación, el vicepresidente y su esposa llegaron a la tribuna. El joven acomodador les acompañó hasta sus asientos, al lado del congresista Peaker y su grupo.

Peaker mantenía los gemelos apoyados sobre su gruesa rodilla.

—Buenos días, señor vicepresidente, y usted también, Phyllis.

—Buenos días, Hollis —dijo el vicepresidente Price—. Emily, general Enders.

Price era un hombre delgado, con una perenne expresión de vaga perplejidad en el rostro.

—¿Y cómo está hoy el presidente? —preguntó Peaker.

—Ah, pues muy bien —replicó Price con su vaga sonrisa perpleja—. Me ha pedido personalmente que le disculpara ante ustedes por no poder asistir personalmente al lanzamiento. Sin embargo, tal como saben ustedes, hay algunos asuntos que exigen su atención en Washington.

—Y el primer lugar de la lista lo ocupa la reelección —dijo Peaker.

El acomodador sostenía en las manos dos pares de gemelos.

—Señor vicepresidente, espero que usted y la señora Price se encuentren cómodos —dijo—. La agencia desea ofrecerles estos gemelos conmemorativos.

—Vaya, muchas gracias —dijo el vicepresidente.

Con su ancho rostro iluminado por una sonrisa, el congresista se inclinó hacia el joven.

—¿Cómo se llama usted, hijo?

—Fairfield, señor. John Fairfield.

—Aprende muy rápido, llegará lejos.

—Gracias, señor.

Moviendo la cabeza, Peaker se reclinó de nuevo en su asiento.

\* \* \*

—Les habla Paul Cunningham, Control Capricornio. Nos encontramos a una hora y 15 minutos del lanzamiento. El Control de la Misión de Houston informa de que todos los sistemas se hallan a punto y las luces en verde. Se informa de que el tiempo es bueno, nubes dispersas entre mil quinientos y tres mil metros, viento del este de ocho nudos, mar en calma con oleaje de menos de sesenta centímetros. La nave espacial está alimentada todavía por energía externa.

Mientras se subía la cremallera de los vaqueros blancos, la pelirroja miraba la pantalla del televisor.

—Te lo estás perdiendo todo —gritó en dirección al cuarto de baño.

Se abrió un poco más la puerta y emergió una nube de vapor, seguida de Caulfield. Ahora, el rizado cabello negro de éste aparecía menos despeinado. Llevaba puestos unos pantalones anchos y una camisa amarillo pálido.

—Permíteme que te corrija, yo nunca me pierdo nada importante.

—El paso a la energía interna se producirá con una antelación de 15 minutos. El coronel Brubaker ha confirmado el término de las pruebas de EDS. El sistema de escape del lanzamiento se aprestará con 37 minutos de antelación. Aquí Control Capricornio.

—Y aquí Robert Caulfield, preguntándose dónde está su corbata.

—La tiraste por allí anoche —dijo la muchacha, indicando la lámpara con un gesto de la mano.

—No sé por qué debí hacer semejante cosa —dijo Caulfield, recogiendo la corbata que se encontraba sobre la pantalla de la lámpara.

—Cuando terminaste de interpretar la danza latinoamericana, dijiste que ya no la necesitabas.